

**Exequias de Dom Mauro Esteva i Alsina OCist**  
**Abad General emérito de la Orden Cisterciense**  
**Abadía de Poblet, 17 de noviembre de 2014**

*Lecturas: Isaías 25,6a.7-9; 2 Corintios 4,14-5,1; Mateo 25,1-13*

Queridos Abad José y Hermanos de Poblet,  
Querida Madre Montserrat y familiares de Dom Mauro,  
Rev.mos Arzobispos,  
Estimadas Autoridades civiles,  
Queridos Abades y Abadesas, P. Procurador, Sacerdotes, Monjes y Monjas,  
¡Hermanos y Hermanas!

¿Cómo despedirnos de un padre, de un hombre que por tantos años ha dado la vida por nosotros? Porque esta es la naturaleza de un padre: dar la vida por sus hijos. Es cierto que lo ha hecho con las cualidades y defectos que tenía, lo ha hecho ciertamente también equivocándose algunas veces en los juicios, en las decisiones, en la actitud hacia tal o cual realidad, comunidad o persona. La fragilidad humana no perdona a nadie, ni siquiera a los más grandes santos. Pero a la luz de Cristo, el mérito y la calidad de una persona se concentran en el consentimiento a dar su vida. Y es esto lo que define al padre, al pastor: un amor a Cristo que toma forma en el dar la vida por los hermanos, por las ovejas del rebaño del Señor.

El sí al don de la vida, es la fuente siempre fresca, siempre pura, de toda una existencia. Después, la corriente, el río, no puede llegar al mar sin llenarse de escorias, detritus, lodo que enturbia el agua. Incluso así, precisamente así, la corriente fluye y alcanza el mar. Quien no fluye no se ensucia. Quien no se da, quizá permanece como fuente pura, pero no alcanza ni sacia a nadie, no conduce a ninguno hacia el mar.

Dom Mauro aceptó darse a Cristo y a la Orden Cisterciense hasta el final. Y ahora, mirando hacia atrás, nos damos cuenta – y yo el primero como su sucesor –, que gracias a él la Orden ha hecho un gran camino. Lo ha hecho siendo más consciente de su identidad en una unidad pluriforme, y más consciente de la necesidad de asumir su camino con instrumentos serios y eficaces de formación, de comunión y de gobierno. A él le debemos el Curso de Formación Monástica que se celebra cada año en Roma durante un mes, instrumento precioso de crecimiento, de encuentro, de conocimiento fraterno entre monjes y monjas de toda la Orden, y de diferentes Órdenes. A él le debemos la plena participación de las monjas en el gobierno de la Orden, con el Capítulo General mixto. A él le debemos la renovación de la Casa General, precisamente al servicio de la formación y de la unidad de la Orden. A él le debemos importantes recopilaciones de textos fundamentales, jurídicos y litúrgicos, que ayudan a la Orden a ser más consciente de su vocación. Sin hablar de su viajar infatigable para visitar y acompañar a los monasterios, sobre todo aquellos más frágiles y abandonados. Pero ya antes de todo esto, su trabajo por la reconstrucción de Poblet fue y sigue siendo una tarea colosal, cuyo resultado tenemos ante nuestros ojos.

Todo esto, enumerado de esta manera, podríamos considerarlo como un “pasado”, como historia pasada de una persona. La muerte sería entonces el fin de esta historia. Sin embargo, todo esto más que un “pasado”, es una “herencia”. La herencia es el fruto de un

pasado que permanece vivo y operante en el presente. La herencia es la prolongación en nuestra vida actual de la vida que un padre entregó por nosotros. Solo las obras y realizaciones que encarnan y expresan el amor de quien nos ha engendrado tienen una continuidad en el presente y en el futuro. La herencia es todo lo que el don de un padre deja para que los hijos puedan continuar hoy viviendo y creciendo. Solo lo que hace vivir y crecer es una herencia preciosa, todo lo demás es inútil. Hay herencias estériles, que los herederos no podrán más que consumir y agotar. Sin embargo, hay herencias de vida que, cuanto más se acogen, más se perpetúan y transmiten a través del tiempo. Hay herencias que hacen esclavos a los hijos, oprimidos por el peso de la misma herencia, herencias que sofocan su vida y su libertad. Sin embargo, hay herencias que hacen a los hijos cada vez más libres, libres para crecer en el amor, para llegar a ser a su vez padres y madres.

Una verdadera herencia de vida no suele ser cómoda. Acogerla requiere libertad, responsabilidad. Una buena herencia nos pide un trabajo responsable, para no disipar o hacer inútil el don de la vida del padre por nosotros.

Por esto, el momento de la muerte de un padre, además de ser un momento de dolor, y también de agradecimiento, es un momento que nos pide responsabilidad. ¿Qué hacemos ahora, que haremos mañana, de su herencia? ¿La acogemos como hijos o como mercenarios? ¿Será para nosotros, según la intención de su amor paterno, una herencia para vivir con mayor plenitud y madurez, o solo algo para consumir y agotar para nosotros mismos, sin que gracias a ella podamos llegar a ser más fecundos en el don y la transmisión de la vida? La muerte del padre hace a estas preguntas más urgentes y exigentes.

Desde que Cristo nos dejó la herencia de su Palabra y de su Cuerpo y Sangre, entregados por nosotros – herencia que permanece viva y vivificante en la Eucaristía, en la Iglesia – es solamente en Cristo en quien podemos medir el don que ha sido y es para nosotros una vida, y nuestra responsabilidad al ponernos ante ella.

Porque, en el fondo, la gran, la única verdadera herencia de una vida, es Cristo mismo, Su vida, y el testimonio de Su amor y de Su presencia en medio de nosotros. Quien nos da testimonio de la presencia y del amor de Cristo, nos deja la mejor herencia, la herencia de la fe en Aquél que no solo mejora nuestra vida, sino que la resucita, la hace eterna.

Y es una herencia que todos podemos compartir, sin que disminuya ni de valor ni de intensidad para cada uno de nosotros, como expresa san Pablo en la segunda lectura: "El que resucitó al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús, y nos presentará ante él juntamente con vosotros" (2 Cor 4,14).

Por esto, lo que cuenta de verdad en la vida de una persona, más que la grandeza de sus obras, es la fe con la que ha deseado y acogido al Señor; es la lámpara encendida con la que supo ir al encuentro del Esposo para participar en las bodas con Él.

Y a menudo, como para Dom Mauro en el sufrimiento de la última etapa de su vida – en la que fue tan afectuosa y pacientemente asistido por sus hijos y hermanos de Poblet –, cuando la llama ha consumido todo es cuando la vela transmite más luz.

La luz que manifiesta a Cristo, el Esposo que viene, es la herencia más preciosa de una vida.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist*